Elisabeth y la Llave de Plata



Volumen I



Elisabeth Beaumont: El Legado Olvidado

Prólogo – Inglaterra, 1898

La mansión Beaumont, rodeada de vastos jardines de rosas y encinas centenarias, se alzaba con la majestad de tiempos pasados. En su interior, los pasillos de mármol resonaban con el eco de los pasos de Elisabeth Beaumont, la última heredera de un linaje cuya historia se entrelazaba con los secretos de la aristocracia inglesa.

Desde niña, Elisabeth había sentido el peso del apellido que llevaba. Su madre, Lady Eleanor Beaumont, había sido una mujer de espíritu indomable, marcada por un amor prohibido que había sacudido los cimientos de su familia. Y su tío, el enigmático guardián de los secretos de la casa, parecía ocultar algo en las sombras de la gran biblioteca.

Pero Elisabeth no era una mujer que se conformara con la sumisión que se esperaba de ella. Sus días transcurrían entre paseos a caballo, horas de lectura en la biblioteca ancestral, y largas tardes en el invernadero, donde encontraba en las flores una paz que el mundo exterior le negaba.

Sin embargo, todo cambió una tarde de otoño.

Mientras organizaba los viejos libros de su madre en el escritorio de caoba, su mano tropezó con un compartimento oculto. Dentro, encontró una carta amarillenta y una pequeña llave de plata.

Las palabras escritas con la delicada caligrafía de su madre hicieron que su corazón se detuviera:

"Elisabeth, si alguna vez lees esto, significa que el destino ha vuelto a llamarte. La verdad sobre







nuestra familia está en América, oculta donde menos imaginas. Si alguien trata de detenerte, recuerda que la llave de plata abre más que una simple puerta... abre la historia misma."

Las llamas del hogar chisporroteaban en la penumbra del estudio, mientras Elisabeth comprendía que su vida en Inglaterra estaba a punto de cambiar para siempre.

Y así comenzó su viaje, no solo hacia una tierra desconocida, sino hacia la verdad que su madre nunca pudo contar.



I. La Partida

Elisabeth descendió con gracia del majestuoso carruaje, su vestido de encaje ondeando suavemente con la brisa matinal. A su alrededor, el puerto de Southampton bullía de actividad mientras los pasajeros se preparaban para abordar el RMS Olympic, la embarcación más lujosa de la White Star Line y hermana mayor del malogrado Titanic.

Sujetó su sombrero con una mano mientras su doncella acomodaba sus baúles junto a ella. Miró hacia la escalerilla de embarque con una mezcla de emoción y nostalgia. Dejaba atrás Londres, sus jardines floridos y los recuerdos de un amor imposible. Pero aquel viaje no era solo una travesía, sino una búsqueda, una huida y, sobre todo, una esperanza.

Mientras el Olympic zarpaba, Elisabeth contempló el horizonte. El océano la separaba de su pasado, pero también la conducía hacia un destino que jamás habría imaginado.

II. El Pasajero Misterios







Elisabeth exploraba los salones dorados del Olympic con un aire sereno, aunque en su corazón ardía la inquietud. Mientras descendía la gran escalera de roble tallado, sintió una mirada clavada en ella. Giró lentamente y encontró a un hombre observándola desde la distancia.

Era Lord Henry Blackwood, un enigmático caballero conocido en la alta sociedad por su fortuna y sus viajes alrededor del mundo. Sus ojos oscuros parecían leer su alma, y cuando él inclinó la cabeza en un gesto de cortesía, Elisabeth sintió un escalofrío recorrer su espalda.

Más tarde, en el salón de música, Elisabeth se sentó junto al piano mientras las notas de un vals flotaban en el aire. Henry se acercó con un aire resuelto.
–Dama Elisabeth, no nos han presentado aún, pero he oído su nombre en círculos distinguidos. –Su voz era profunda, envolvente.

Elisabeth alzó la mirada y sonrió con suavidad.

–Lord Blackwood... supongo que los barcos en alta mar tienen una magia especial, pues es aquí donde nos encontramos.

Pero en su interior, algo le decía que ese encuentro no era casual.



III. La Llave de Plata

Las noches en el Olympic eran un desfile de lujo. Cenas fastuosas, conversaciones animadas, música flotando entre los cristales de las lámparas de araña. Sin embargo, una carta deslizada bajo la puerta de su camarote cambió el rumbo de su viaje.

"Nos hemos cruzado antes, aunque no lo recuerde. En la biblioteca del barco















encontrará una clave. No confíe en nadie."

Elisabeth sintió que su pulso se aceleraba. Tomó su chal y caminó con determinación por los pasillos iluminados por la tenue luz de los candelabros. Al llegar a la biblioteca, un único libro sobresalía en la estantería. Lo tomó entre sus manos y, al abrirlo, encontró una pequeña llave de plata.

Detrás de ella, un reflejo en el cristal de la ventana la alertó. Lord Blackwood la observaba, su expresión inescrutable.

–Curioso lugar para una dama a estas horas –comentó él con una sonrisa apenas perceptible.

Elisabeth cerró el libro con delicadeza.

–Y sin embargo, aquí está usted también.



V. La Llegada a América

Después de varios días en alta mar, el Olympic atracó en Nueva York. La ciudad era un torbellino de luces, sonidos y promesas de un futuro diferente. Elisabeth descendió con paso firme, dejando atrás su vida anterior.

Se instaló en una mansión en el Upper East Side, donde el lujo la rodeaba, pero la sensación de misterio seguía acechándola. La llave de plata seguía en su poder, su enigma sin resolver.

Henry Blackwood también había desembarcado en América, y no tardó en encontrarla. Una tarde, mientras tomaba el té en el porche de su nueva casa, él apareció con un sobre en la mano.



–He encontrado algo sobre su familia –dijo, extendiéndole un papel antiguo.

Elisabeth lo tomó con manos temblorosas. Eran documentos que hablaban de una herencia perdida, de una promesa rota... y de un amor prohibido.



V. La Revelación

Las respuestas llegaron en un viejo despacho en el corazón de Nueva York. En un pequeño cofre escondido en la casa de su difunto tío, Elisabeth encontró cartas escritas por su madre antes de su nacimiento.

Su madre, Lady Eleanor Beaumont, había amado a un hombre que no pertenecía a la nobleza. Su familia lo había separado de ella, enviándolo a América con la promesa de que jamás se volverían a ver. La llave de plata era la última prueba de su amor: abría un baúl donde guardaban recuerdos de una vida que nunca pudieron compartir.

Elisabeth sintió que el peso del pasado se desmoronaba. Su historia no había comenzado en el Olympic, ni siquiera en Londres. Había comenzado con un amor que desafió las normas y que, de alguna forma, la había llevado hasta allí.

Henry, de pie junto a la ventana, la observó en silencio.

–Ahora entiende por qué nuestros caminos se cruzaron –susurró.

Elisabeth cerró los ojos por un momento, dejando que la verdad se asentara en su corazón.

–No creo en las coincidencias, Lord Blackwood. Solo en los destinos entrelazad



Él sonrió con suavidad.

–Entonces, quizás esta historia aún no ha terminado.

Y, por primera vez en su vida, Elisabeth supo que su destino estaba en sus propias manos.



VI. UN NUEVO COMIENZO EN AMÉRICA

Los días en Nueva York se convirtieron en un torbellino de descubrimientos para Elisabeth. La ciudad no era como la alta sociedad londinense, donde las reglas estaban establecidas desde el nacimiento. Aquí, todo parecía posible.

Se instaló en una majestuosa casa en el Upper East Side, un regalo inesperado de su tío fallecido, cuya fortuna parecía estar ligada al enigma de la llave de plata. Henry Blackwood, siempre presente en su vida desde la travesía en el Olympic, la visitaba con frecuencia, aunque nunca se atrevía a traspasar ciertos límites.

Pero en las sombras, alguien más la observaba.

Una noche, mientras organizaba los papeles y cartas de su madre en el estudio, un ruido en la terraza la sobresaltó. Se giró rápidamente y vio una figura desaparecer en la penumbra. Su corazón latió con fuerza.

¿Quién la estaba siguiendo? ¿Por qué alguien querría vigilarla ahora que estaba en América?

VII. EL CLUB SECRETO



Dias después, Henry la llevó a un exclusivo club de caballeros en Manhattan, donde los hombres de negocios cerraban acuerdos y discutían sobre el futuro del país.

–No me parece un sitio para una dama –susurró Elisabeth al entrar.

–Precisamente por eso estás aquí. Porque este sitio guarda secretos que necesitas conocer –respondió Henry, guiándola hacia una biblioteca privada.

Un anciano los esperaba junto a la chimenea.

–Señorita Beaumont, he estado esperando conocerla –dijo con una voz pausada.

Elisabeth tomó asiento, sintiendo un escalofrío recorrer su espalda.

–Usted conoció a mi madre –dijo con seguridad.

El anciano sonrió con melancolía.

–Eleanor era más valiente de lo que nadie imaginó. Pero su historia no terminó en Londres. Su amor la unió a un hombre cuya familia poseía secretos que podrían cambiar la historia.

Elisabeth entrecerró los ojos.

–¿De qué secretos habla?

El hombre tomó una copa de vino y la sostuvo entre sus dedos.



–De una sociedad secreta que protegía documentos sobre la verdadera herencia de muchas familias inglesas... incluida la suya.



VIII. LA HERENCIA OCULTA

Los días siguientes fueron un torbellino de revelaciones. Elisabeth descubrió que su tío, el mismo que le había dejado la casa en Nueva York, había sido parte de un grupo de intelectuales y políticos que protegían información sobre los linajes más poderosos de Europa.

Los documentos que su madre había intentado ocultar antes de su muerte revelaban que la familia de Elisabeth tenía derecho a una vasta herencia que había sido arrebatada generaciones atrás.

Pero no era solo riqueza. Era un legado que podría desafiar a la misma nobleza británica.

Mientras leía las cartas de su madre, Henry la observaba en silencio.

–¿Qué piensas hacer con esta verdad?

Elisabeth dejó el papel sobre la mesa y lo miró fijamente.

–Recuperar lo que nos pertenece.

Henry sonrió.

–Entonces necesitarás aliados.





IX. UN ENCUENTRO PELIGROSO

Elisabeth no tardó en darse cuenta de que alguien más conocía el secreto de su familia.

Una noche, mientras regresaba a su casa después de un concierto en la ópera, una figura encapuchada la interceptó en el callejón junto a su carruaje.

–Deje de indagar en el pasado, señorita Beaumont –susurró la voz áspera del desconocido–. No todo lo que fue robado debe ser recuperado.

Elisabeth sintió un escalofrío, pero no retrocedió.

–¿Quién le envía?

El hombre soltó una carcajada baja.

–Alguien que no quiere que la historia cambie.

Y sin más, desapareció entre la niebla.

Henry apareció unos segundos después, su rostro tenso.

–¿Qué ha pasado?

Elisabeth apretó los labios y sintió la llave de plata en su guante.



Elisabeth Beaumont, la misteriosa dama llegada de Inglaterra, había heredado una fortuna y, según decían, también una verdad peligrosa.

Para disipar cualquier sospecha y ganar aliados, Henry Blackwood organizó un gran baile de invierno en su mansión de Manhattan. La aristocracia, los magnates industriales y los políticos más influyentes asistirían.

Elisabeth bajó la escalera principal con un vestido de seda azul celeste, su cabello recogido con delicadas perlas. Sabía que esa noche marcaría el comienzo de su nueva vida en América... o su caída.

Entre los invitados, Lord Sebastian Caldwell, un hombre de negocios inglés con una reputación de estratega sin escrúpulos, la observaba con una copa de champán en la mano.

–Señorita Beaumont, dicen que ha heredado más que riquezas. Que tiene en su poder documentos que podrían incomodar a ciertas familias muy importantes en Europa –dijo con una sonrisa cortés.

Elisabeth sostuvo su copa con gracia.

–Los rumores son siempre más interesantes que la verdad, Lord Caldwell. Pero dígame, ¿por qué parece tan interesado en mi historia?

El hombre bebió un sorbo de su champán y se inclinó levemente.

–Digamos que hay quienes prefieren que el pasado permanezca enterrado. Le aconsejo que elija bien sus aliados.

Henry se acercó a Elisabeth en ese momento, tomando su mano para invitarla a bailar. Mientras giraban por el salón, él le susurró al oído:





–Creo que hemos despertado a nuestros enemigos.

X. UNA DECISIÓN QUE CAMBIARÁ SU VIDA

Esa noche, Elisabeth comprendió que su llegada a América no había sido el final de su viaje, sino el comienzo de algo más grande.

Sabía que tenía dos opciones: olvidar la verdad y vivir una vida tranquila, o luchar por recuperar su legado y descubrir la historia que su madre nunca pudo contar.

Se giró hacia Henry y le extendió la mano.

–Si vamos a hacer esto, no lo haré sola.

Él tomó su mano con firmeza.

–Entonces prepárate, porque no hay vuelta atrás.

Elisabeth miró hacia el horizonte. El sol comenzaba a salir sobre Nueva York. Un nuevo capítulo estaba a punto de comenzar.

Y ella estaba lista para escribirlo.

XI. EL BAILE DE INVIERNO

Los rumores se propagaban como fuego entre la alta sociedad neoyorquina.

–Caldwell no ha venido solo. Hay otros en esta sala que desean su silencio.

Elisabeth alzó el mentón con seguridad.

–Entonces que me miren bien, porque no pienso callar.



XII. EL SECRETO EN LA ÓPERA

Dias después, Elisabeth recibió una invitación para asistir a la ópera. No fue una sorpresa encontrar una nota secreta en su asiento privado:

"Si realmente quiere saber quién traicionó a su madre, venga al vestíbulo después del segundo acto."

Se acomodó en su butaca, sintiendo el peso de la llave de plata en su guante. Henry, sentado a su lado, la miró con advertencia.

–Esto puede ser una trampa.

–O una revelación –susurró ella.

Cuando llegó el intermedio, Elisabeth descendió las escaleras de mármol hasta el vestíbulo. Un hombre de mediana edad la esperaba junto a una estatua de mármol.

–¿Quién es usted? –preguntó Elisabeth.

El hombre sacó una carta del interior de su abrigo.

–Esto fue escrito por su madre, días antes de su muerte.

Elisabeth lo tomó con manos temblorosas y leyó las primeras líneas:

"Elisabeth, si alguna vez lees esto, significa que el destino ha vuelto a llamarte. La verdad sobre nuestra familia está en América, oculta donde menos imaginas. Si alguien trata de detenerte, recuerda que la llave de plata abre más que una simple puerta... abre la historia misma."

Elisabeth sintió un nudo en la garganta.

–¿Dónde encontró esto? –preguntó con voz tensa.

El hombre la miró con compasión.

–Su madre no murió por causas naturales, señorita Beaumont. Alguien la silenció.



XIII. UNA ALIANZA PELIGROSA

Los días siguientes fueron un juego de ajedrez entre Elisabeth y sus enemigos. Cada noche, en bailes y reuniones sociales, escuchaba rumores sobre un antiguo contrato que vinculaba su familia con una de las más poderosas dinastías bancarias de Nueva York.

La clave estaba en un antiguo archivo perdido en la biblioteca de la Mansión Vanderbilt. Pero infiltrarse en la propiedad era casi imposible.

Fue entonces cuando recibió una visita inesperada.



Margaret Astor, una dama influyente en la alta sociedad, llegó a su casa con una propuesta.

–Sabemos que busca respuestas, señorita Beaumont. También sabemos que la familia Caldwell quiere que desaparezca.

Elisabeth la observó con cautela.

–¿Y qué propone usted?

La señora Astor sonrió con astucia.

–Una alianza. Si me ayuda a recuperar ciertos documentos que los Caldwell robaron a mi familia, yo le ayudaré a descubrir quién está detrás de la muerte de su madre.

Elisabeth no tuvo que pensarlo demasiado.

–Hecho.

Pero Henry Blackwood, al enterarse, la tomó del brazo con preocupación.

–Estás jugando con fuego, Elisabeth.

Ella lo miró fijamente.

–No estoy jugando. Estoy recuperando lo que es mío.





XIV. LA CASA DE LAS SOMBRAS

La noche acordada, Elisabeth y Henry se infiltraron en una mansión abandonada en los límites de Central Park. Era una de las propiedades olvidadas de los Caldwell.

La llave de plata encajó perfectamente en una antigua cerradura del despacho principal.

Al abrir la puerta, encontraron un viejo escritorio. Y dentro de él, cartas, documentos y un testamento que revelaba la verdad:
Su madre había sido desheredada por casarse con un hombre que no pertenecía a la nobleza, pero su tío había guardado los papeles originales que demostraban que Elisabeth era la legítima heredera de una fortuna mayor a la que jamás imaginó.

Pero antes de que pudiera reaccionar, una voz resonó en la oscuridad.

–Sabía que vendrían.

Lord Caldwell apareció en el umbral de la puerta, acompañado de dos hombres armados.

–Señorita Beaumont, ha sido muy persistente. Pero aquí termina su historia.

Henry se interpuso entre ellos.

–No tan rápido.

Elisabeth, con la llave de plata aún en su mano, hizo lo único que podía hacer: lanzó un candelabro encendido sobre las cortinas de terciopelo.

El fuego se propagó en segundos.

–¡Corre! –gritó Henry, sujetándola del brazo.

Los documentos quedaron atrapados entre las llamas, pero Elisabeth logró recuperar un solo sobre antes de salir.

Cuando llegaron a la calle, jadeantes, abrieron el sobre.

Dentro había un único papel firmado con un sello de cera:

"El legítimo derecho sobre la fortuna de la familia Beaumont pertenece a su última descendiente directa: Elisabeth Eleanor Beaumont."

Henry la miró.

–¿Qué harás ahora?

Elisabeth sintió el peso del documento en su pecho.

–Reclamaré lo que es mío. Pero antes... acabaré con quienes intentaron destruirlo.



XV. UNA DAMA IMPARABLE

Los días siguientes fueron un escándalo en la prensa. La alta sociedad susurraba sobre la dama inglesa que había desafiado a la familia Caldwell.

Pero Elisabeth no se detuvo. Presentó el documento en los tribunales y, con la ayuda de Margaret Astor y Henry, reclamó su lugar en la aristocracia neoyorquina.

Cuando la sentencia fue leída, quedó claro que Elisabeth era la única heredera legítima.

Henry se acercó a ella al salir del juzgado.

–Lo lograste.

Elisabeth le dedicó una sonrisa serena.

–Aún no. Solo ha comenzado.

Nueva York ahora era su hogar. Pero su historia no terminaba allí.



XVI. EL INICIO DE UNA NUEVA ERA

Elisabeth Beaumont se convirtió en el centro de todas las conversaciones en la alta sociedad neoyorquina. La mujer que desafió a una de las familias más influyentes de América ahora era dueña de su propio destino.

Pero ganar la batalla no significaba que la guerra había terminado.

Henry Blackwood, siempre a su lado, la miró con admiración mientras tomaban el

té en la terraza de su casa.

–Has logrado lo que muchos creían imposible. Ahora eres una de las mujeres más influyentes de Nueva York.

Elisabeth sonrió con serenidad, pero en sus ojos brillaba el fuego de la determinación.

–El poder no se mantiene solo, Henry. Si quiero conservarlo, debo demostrar que lo merezco.

Y así comenzó la verdadera transformación de Elisabeth.



XVII. EL PODER DEL LEGADO

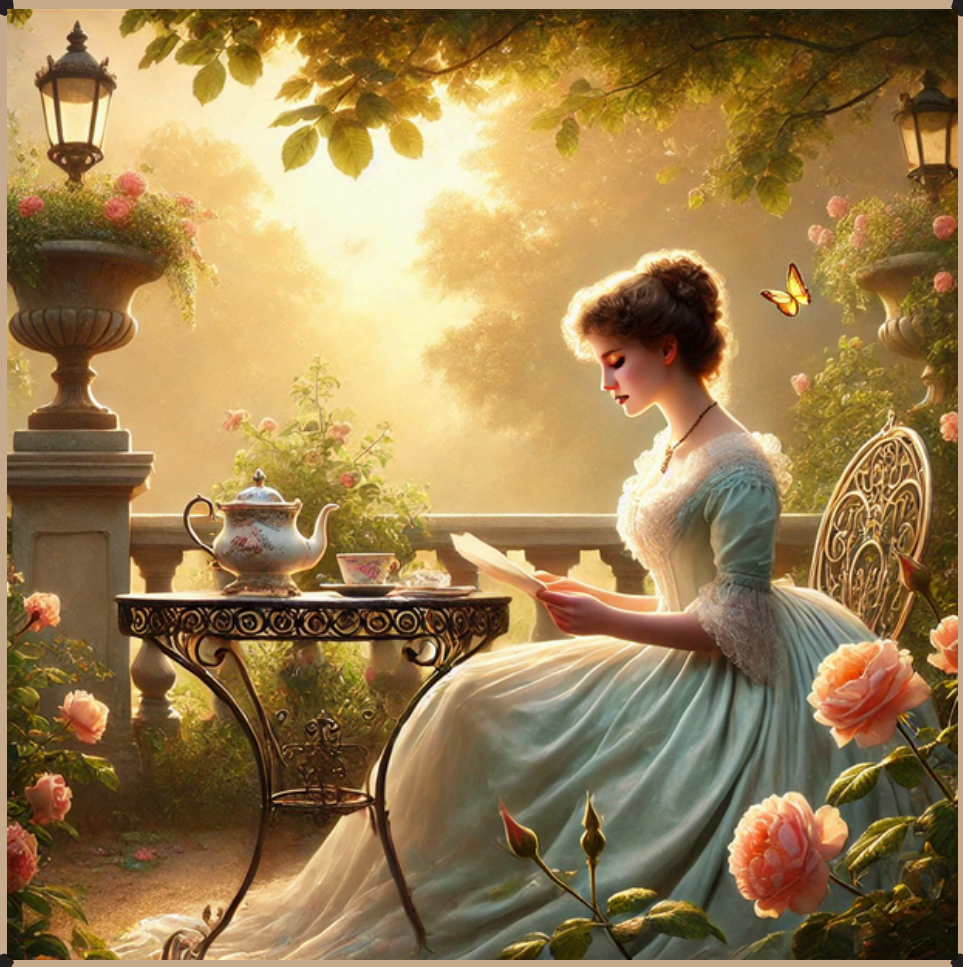
Lo primero que hizo fue restaurar la mansión Beaumont en la Quinta Avenida. Quería que todos supieran que había llegado para quedarse. Pero no solo se enfocó en el lujo; Elisabeth quería cambiar la sociedad desde dentro.

Organizó reuniones con empresarios, financió la creación de orfanatos y apoyó a las mujeres que deseaban estudiar en la universidad.

Pero su mayor desafío llegó cuando recibió una carta del Círculo de Banqueros de Nueva York.

–Quieren que asista a su reunión anual –le informó Henry.

Elisabeth levantó una ceja.



–No invitan a mujeres.

–Precisamente por eso esto es importante.

Esa noche, Elisabeth entró en la sala donde se reunían los hombres más poderosos del país. Se hizo el silencio.

Uno de los banqueros más influyentes, el Sr. Harrington, la observó con una sonrisa condescendiente.

–Señorita Beaumont, nos sorprende su presencia. ¿Acaso desea invertir en negocios de hombres?

Elisabeth tomó asiento con la elegancia que la caracterizaba.

–No, caballeros. No deseo invertir en negocios de hombres.

Se inclinó levemente hacia adelante y dejó un documento sobre la mesa.



–Quiero crear negocios para el futuro.

La mirada de los presentes se cruzó en un gesto de incertidumbre.

–¿A qué se refiere? –preguntó uno de ellos.

Elisabeth esbozó una leve sonrisa.

–Quiero invertir en ferrocarriles, en industrias modernas. Quiero asegurarme de

que América avance y que las mujeres tengan su lugar en ello.

Harrington soltó una carcajada.

–¿Y qué haríamos nosotros con una mujer entre nuestras filas?

Elisabeth sostuvo su mirada sin vacilar.

–Aprender.

El silencio fue absoluto.

Pero, contra todo pronóstico, fue Henry quien habló.

–Propongo que le den una oportunidad. La fortuna de los Beaumont es mayor que la de muchos aquí presentes.

Uno de los banqueros asintió lentamente.

–Veamos hasta dónde puede llegar la señorita Beaumont.

Elisabeth supo que acababa de abrir una puerta que nadie antes se había atrevido a cruzar.



XVIII. EL ARTE DE LA INFLUENCIA

Convertirse en la primera mujer en un círculo de inversionistas no fue fácil.



Elisabeth tuvo que demostrar que no solo era una dama de sociedad, sino una estratega implacable.

Compró tierras en el sur y las convirtió en estaciones ferroviarias. Apoyó nuevas fábricas y empleó a cientos de mujeres.

Pero mientras crecía su imperio, también crecían sus enemigos.

Los Caldwell no habían olvidado su humillación.

Una tarde, mientras revisaba contratos en su despacho, recibió un sobre sin remitente. Dentro, solo había una frase escrita:

"No olvides que el pasado siempre vuelve."

Henry entró justo cuando ella terminaba de leer.

–¿Qué ocurre?

Elisabeth le entregó la nota.

–Los Caldwell aún no han terminado conmigo.

Henry se apoyó en el escritorio y cruzó los brazos.

–Sabías que esto pasaría.

Elisabeth asintió lentamente.

–Y por eso estoy preparada.

XIX. EL RETO FINAL

Los Caldwell intentaron sabotearla de muchas maneras: presionaron a los inversionistas para que no trabajaran con ella, difundieron rumores en la sociedad y bloquearon algunas de sus inversiones.

Pero Elisabeth no se rindió.

Utilizó su inteligencia y sus contactos para exponer los fraudes financieros de los Caldwell en los periódicos. Lo que comenzó como susurros en las fiestas de la alta sociedad terminó en una investigación legal.

Un mes después, Lord Sebastian Caldwell fue arrestado por corrupción y sus propiedades fueron confiscadas.

Cuando Elisabeth leyó la noticia en el periódico, solo dijo:

–Algunas batallas no se pelean con espadas, sino con astucia.

Henry sonrió.

–¿Y ahora qué harás?

Ella dobló el periódico con calma.

–Ahora, Henry, gobernaremos Nueva York.



XX. UNA NUEVA ERA

Elisabeth Beaumont ya no era solo una heredera. Se convirtió en una visionaria, en una líder, en una mujer que transformó la sociedad neoyorquina.

Las mujeres comenzaron a verla como un símbolo de independencia y poder.

Los salones donde antes solo se hablaba de moda ahora discutían política e industria.

Y cuando, años después, una joven periodista le preguntó cuál era su secreto, Elisabeth simplemente respondió:

–No hay secreto. Solo el valor de tomar lo que siempre debió ser nuestro.

Desde la terraza de su casa, miró el horizonte de Nueva York.

Había llegado como una fugitiva de su pasado.

Ahora, era la dueña de su futuro.

FIN.



Personajes principales:

• **Elisabeth Eleanor Beaumont**
Protagonista, una dama inglesa que hereda un misterio y construye su destino en América.



• **Lord Henry Blackwood**
Un caballero enigmático que la acompaña en su viaje y en su lucha por la verdad.

Familia y pasado de Elisabeth:

• Lady Eleanor Beaumont
Madre de Elisabeth,
cuyo amor prohibido desencadenó la pérdida de su herencia.





• Tío de Elisabeth
Protector de los secretos de la familia,
le deja una casa en Nueva York y documentos clave.

Aliados de Elisabeth en América:

• **Margaret Astor**
Dama influyente de la alta sociedad neoyorquina
que le ofrece una alianza estratégica.





Sr. Harrington
Banquero poderoso que representa los intereses de Wall Street
y duda de Elisabeth.

Antagonistas y enemigos:

• Lord Sebastian Caldwell
Principal rival de Elisabeth, intenta silenciarla y proteger los secretos de su familia.





• Familia Caldwell
Clan poderoso que conspira contra Elisabeth para evitar que reclame su legado.

Reyes Caballero



MMXXV